

LA MODA.

REVISTA SEMANAL DE LITERATURA, TEATROS, COSTUMBRES Y MODAS.

Este periódico se publica todos los Domingos. En el número 1.º de cada mes se reparten cuatro láminas, representando,

unas, las últimas modas de París, otras, Patrones para bordados, cortes de vestidos, etc., ó bien lindos dibujos de tapice-

ría ó de Crochét. Precio de la suscripción 9 reales al mes, lo mismo en Cádiz que en los demás puntos de la península.

SUMARIO.—*Revista del teatro Principal, por D. Francisco Flores Arenas.*—*Una lágrima! En el álbum de M., soneto, por J. M. Bello.*—*Redencion, por M. Octavio Feuillet.*—*Correspondencia.*—*Geroglífico.*

REVISTA DEL TEATRO PRINCIPAL.

La primera novedad que mencionaremos es la de que el Sr. Vega ha dejado de pertenecer á la compañía, en la que estaba contratado como tenor cómico. Tal nos lo anunció la empresa en los carteles, y tal nos lo ha hecho saber el mismo interesado por medio de un remitido inserto en los diarios de la plaza. Todo eso, y mas quizá, merecía el asunto.

En efecto, según se colige del remitido, el acaecimiento es grande, la pérdida irreparable. Un artista (porque ese es el nombre propio) que durante ocho meses ha recibido de un público como el del Principal de Cádiz nada menos que ovaciones diarias; un artista que ha alcanzado pruebas de aprecio tales que pocos de su clase habrán obtenido, constituye una entidad que no se reemplaza así como quiera, porque ¿quién es el valiente que presume ha de lograr, como estotro logró, una ovacion por día, cante ó no cante?

Pero ya que de ovaciones se trata, ¿se ha tomado el Sr. Vega el trabajo de investigar la verdadera acepción de esta palabra?

Por si nó, le diremos que ovacion era uno de los triunfos menores que concedían los romanos por algun hecho de armas de poca consideracion. De forma que aun dado caso de que se pueda aplicar dicha palabra, no á un guerrero, sino á un tenor cómico de zarzuela, siempre espresaria que este tal la habia obtenido por haber cantado cosa de leve importan-

cia, como por ejemplo *la ganga*, que es el gran florón de su corona artística.

Esto quiere decir que los mas de los que con este ó con el otro motivo traen á cuento la palabra ovacion, no saben lo que se dicen, y rebajan lo mismo que pretenden ensalzar. El Sr. Vega, verbigracia, ha aparecido en su escrito mas modesto que lo que él mismo se propuso ser.

Pero no hablemos mas del eclipse del Sr. Vega, y dejemos al ya huérfano público que solloze con sus gratos recuerdos en *Fra-Diávolo*, mientras nosotros decimos algo de la funcion egecutada el mártes último á beneficio del hospital civil.

Grandísima fué la concurrencia y sofocante el calor. Lo uno va siempre aquí junto con lo otro; porque á los teatros de Cádiz acontece lo que á las corridas de toros; no están animadas mientras no se suda. Púsose en escena la zarzuela *Marina*, en la cual se ofrecieron á tomar parte la Srta. Ramirez y los Sres. Font, Becerra y Crescy, siendo de advertir que el primero tenia ya terminado su compromiso teatral. En el anuncio se manifestaba que estos artistas se habian asociado espontáneamente á tan filantrópico objeto. El como, sea dicho en verdad, es lo que no hemos comprendido bien. Esto nos impide el quilatar los grados de filantropía que cada cual ha demostrado en su oferta.

Como ya se suponía á esta zarzuela fuera de la ley, estaba algo olvidada, y no dejó de conocerse aquella noche. Hemos hablado ya de ella lo bastante para dispensarnos de volver á tocar semejante punto.

Terminó la funcion con la pieza otras veces egecutada y que lleva por título *El maestro de baile*, en la cual alcanza grandes aplausos el Sr. Sanchez Albarran. No habiéndonos ocupado antes de ella ni de su egecucion, se nos permitirá que lo hagamos ahora brevemente. La produccion es francesa por todos cuatro



costados, y pertenece á ese género ligero y trivial en que los autores solo se proponen poner en relieve la especialidad de este ó del otro actor á cuya medida se escribe.

Compréndese, por tanto, que en vano se buscarían en ellas condiciones de arte, ni siquiera un pensamiento peor ó mejor desenvuelto. Nada: un par de escenas *ad hoc*, y eso es todo.

En la que nos ocupa se supone que cierta jóven casada, y que tiene celos de su marido porque es entusiasta de las bailarinas, forma el proyecto de adquirir destreza en el baile, á fin de proporcionar á su esposo este aliciente, que en otras busca y en otras halla. Para lograrlo aprovecha una ausencia de aquel, y hace avisar con recato á un maestro de baile, toda vez que pretende ocultar su resolución hasta hallarse en estado de sorprender agradablemente con sus piruetas al relapso cónyuge cuando este vuelva de su viage.

El maestro de baile, que solo sabe ha recibido misteriosamente una carta femenina, y que ahora se halla con que ha sido escrita por una dama bastante bella, imagina al pronto que es objeto de una pasión; pero desengañado, y comprendiendo cual es allí su papel, se dedica desde luego á desempeñarlo, haciendo por vía de ensayo una muestra de su agilidad pedestre, con el fin de dar á su nueva discípula una alta idea de sus talentos en el arte coreográfico, y para ostentarlos mejor se despoja del frac. Pero el esposo vuelve de improviso, hay que ocultarle todo, y no siendo posible esconder al maestro, se supone que es un doctor que ha sido llamado á consecuencia de un súbito ataque de nervios de la señora. A la objeción presentada por el marido respecto al traje de confianza adoptado por el supuesto médico, se contesta que vive en el cuarto tercero, y que la priesa no le ha dado lugar á vestirse. Esto no lo cree el esposo, ni lo hubiera creído nadie en su lugar. Desafía al intruso, quien para salir del apuro, elige por armas media onza de acetato de morfina, que trueca por otra tanta magnesia, bebe, cae al parecer muerto, y cuando su contrario se lamenta de haber causado aquella catástrofe, su muger le descubre todo. El supuesto difunto resucita, y cae el telón.

Como se vé, esta pieza pertenece al género mamarrachesco, y no hay en toda ella un átomo de sentido comun. Pasa con aplauso porque es ejecutada por el Sr. Sanchez Albarán. En boca de otro no habría habido público que aguantase tres escenas.

Pero digamos algo de la ejecución, que como llevamos dicho es aquí el todo.

En el papel del protagonista se han adoptado las maneras, los gestos, los dengues, los quiebros y hasta la voz de un maricon, pero maricon de la alta escuela, de uno de esos seres anómalos, que no son ni pescado ni carne, y cuyos tipos conoce todo el mundo. Al imitarlos con propiedad suma el Sr. Sanchez Albarán, actor no solo de instinto sino de verdadero talento, comprendió dos cosas. Primera, que había de dar vida á una pieza mala haciendo reír al público de todo corazón; y segunda, que adoptando este camino falseaba de todo punto el carácter del personaje, puesto que él sabe que no es tal como lo ha representado.

El carácter afeminado, cuando llega á cierto punto de exageración, hace que el hombre moralmente deje de serlo. Tal es por las trazas el maestro de baile. ¿Cómo se compagina esto con sus alardes de libertino y de emprendedor cuando se cree llamado por aquella dama para una cita amorosa? ¿Cómo repite una y otra vez al hallarse cogido en la ratonera que aquellos son naturales y para él nada nuevos achaques de esa vida de intrigas amorosas propia de un artista de mérito? No se asusta él ni chilla ni se amilana cuando se vé amenazado y retado por el marido. Como hombre de recursos trata de esquivar un lance en el que nada ha ganado y que en efecto no ve razón para sostener, y esto lo hace valiéndose de un medio hasta cierto punto ingenioso, y en el que tiene la delicadeza de no comprometer el por otra parte insignificante secreto de una señora. El maestro de baile es una cosa muy otra de aquello. Es un fátuo casquivano y nada más.

El Sr. Albarrán lo sabe muy bien; pero comprendiendo que una obra tal no merece que por ella escrupulice su conciencia de artista, ha buscado un efecto y lo ha sabido encontrar, ha creado en suma un personaje, seguro de que se le perdonará cualquiera inesacridad en gracia de lo que hace reír.

FRANCISCO FLORES ARENAS.

¡UNA LAGRIMA!!

EN EL ÁLBUM DE M.

SONETO.

Si una lágrima, emblema de tristura,
Hallases en tu álbum escondida,
Piensa que fué por el amor vertida
Y no le niegues tu mirada pura.

Flores ¡ay! anhelé: mas suerte dura
Abrojos presentóme empedernida,
Y así es la perla que el dolor liquida
Cuanto puedo ofrecer á tu hermosura.

Lágrima es que el corazon destroza
Acreciendo del pecho la agonía:
Si es que el llanto te halaga, en ella goza.

Mas oh! si al contemplarla te enterneces
Y consigues inspirarte simpatía,
¡Feliz quien la vertió! ¡feliz mil veces!!

J. M. BELLO.

REDENCION.

POR

M. OCTAVIO FEUILLET.

(CONTINUACION.)

MAGDALENA.

Que abran las ventanas; este pícaro francés trae perfumes... Señores, no brillais por la inteligencia. Os doy en un salon caliente una cena regia, os regalo en abundancia rubíes y diamantes fundidos al calor de los soles mas generosos del mundo, uno á esto mi presencia y la esperanza de mi amor, ¡y no hay uno entre vosotros cuyo pensamiento se derrame en alguna extravagancia digna de la atmósfera ideal en que os colocó!... Me preguntais el nombre de los platos, la fecha que tienen los vinos, y repetís algunos madrigales vulgares ó algunos epigramas sin gracia... Por poco mas, hablareis de las rentas y de los caminos de hierro. ¿Qué os impide pues el mostraros sublimes ó á lo menos absurdos? ¿Qué respeto os contiene? ¿De qué os sirve estar aquí y no en vuestros salones? ¿Os incomoda la presencia de esta niña? ¿Entre la vulgaridad y la grosería nada acertais á ver? ¿Así me pagais el que os abra á mi riesgo y peligro casi á mi vergüenza, una arena libre despues de haber hollado á los piés todas las preocupaciones de vuestro mundo imperioso?... Que no me interrumpa nadie, señores, estoy de cena. —Digo que si no mostrais á mi lado mas razon ó mas locura que al lado de vuestras señoras esposas, concluyo que yo hago mal en ser una cortesana, y que debo convertirme en un modelo de las virtudes dramáticas... Se sabe muy bien lo que pierdo, y no veo con claridad lo que salgo ganando. ¿Me queda siquiera el placer y la gloria de dar vuelo á vuestras inteligencias cautivas? Probádmelo pues. Tu emperador no está aquí, Erloff....

pues ya sé que le temes á pesar de tu sable tremendo.... Sheffield, Estival, conde Juan, vuestros nobles cólegas, vuestras nobles familias, vuestros amos y vuestros esclavos están lejos de aquí... aprovechad la ocasion; lanzaos en la burla ó en la elocuencia.... dadme razon contra la sociedad y ganad vuestras espuelas de caballeros.

EL CONDE JUAN.

Hija mia, ¿no se os ha deprendido vuestra lengua?...

MAGDALENA.

No me llames hija mía, conde Juan, eres tú el chiquillo. (*Se rie á carcajadas.*) ¿Qué aire tan espantado tienen todos?.... Vamos, tranquilizaos, amigos míos; sois hombres de mucho entendimiento.... pero el caso es que al cabo y al fin esto no divierte.... El círculo es estrecho... en él estamos dando vueltas hace muchos años y seguiremos así hasta la sepultura.... y á esto llaman vivir!.... Lord Sheffield ¿quiere vuestra señoría hacerme el honor de envenenarse conmigo?

SHEFIELD.

No, porque si aceptara lo haria y no quiero hacerlo... Sin embargo, ¿quién de los dos se hallaria en mayor apuro si os cogiera la palabra?

MAGDALENA.

Vos, milord, porque suplicaria á vuestra gracia que comenzara, y aqui tengo para matar un escuadron, hombres y caballos. (*Muestra el pomito de Zafara.*)

SHEFIELD.

Veamos. (*Alarga la mano y toma el pomito.*)

MAURICIO.

Me permitís, milord? Entiendo un poco de química y quisiera saber... (*Al tomar el pomito de manos de Sheffield le deja caer al suelo.*) Ay!....

MAGDALENA.

Huyamos de aquí: si se rompió somos perdidos. (*Rosita se levanta gritando.*)

MAURICIO.

Adónde ha ido? Ah! está aquí y ha quedado intacto desgraciadamente. (*Recoge el pomito y se le devuelve á Magdalena.*) Os confieso que le habia dejado caer con intencion... prometiéndome que se romperia... Dá lástima ver en tan hermosas manos un veneno tan activo!

MAGDALENA.

Muchas gracias; celebro infinito esta causa que os arrebató á la conversacion de la niña para tomar parte en la nuestra.

ERLOFF.

Berta, ¿con que hemos hallado un marido? No es mal aguinaldo.

BERTA, á Mauricio.

¿Por qué él es príncipe y no lo eres tú?... A mí me pareces mas hermoso

ROSITA.

Qué tonta es mi hija!

EL CONDE JUAN.

Cuidado, Rosita; segun marchan las cosas, mi primo Mauricio podría llevaros la niña: os advierto que es capaz de hacerlo.

MAURICIO.

Conde Juan!

MAGDALENA.

Qué significa esto?

EL CONDE JUAN.

Es muy sencillo; pedís una extravagancia y Mauricio tiene una dispuesta... Vamos, querido primo, no os enfadeis... habeis descuidado mucho á las señoras hasta este momento... las debeis una reparacion, y me permitireis que les cuente la anécdota.

MAURICIO, *con gravedad.*

Conde Juan, os suplico...

MAGDALENA.

Hablad, conde, os escucho.

EL CONDE JUAN.

Una noche mi primo Mauricio paseándose melancólicamente bajo las sombras del Prater, oyó de repente unos sollozos al pié de un árbol. Mauricio se dijo: Sollozos al pié de un árbol!... Esto es cosa de novelas!... Un viajero pasa por un bosque... una mujer hermosa todavía, á pesar de su palidez, estaba atada al tronco de un álamo... y al rededor habia una cuadrilla de bandidos... Inflamado por estos recuerdos, Mauricio se aproxima; qué digo? se lanza, vuela... ¿No es verdad que fué así, querido primo?

MAURICIO.

Asimismo.

EL CONDE JUAN.

Al pié de un árbol habia un envoltorio que lloraba; Mauricio le interroga... (ya se habrá adivinado que era un niño); la criatura declara pertenecer al sexo femenino y á unos pa-

dres que juzgaron conveniente abandonarla sobre la via pública... Mauricio naturalmente maldice á los padres y bendice á la niña, la toma de la mano y marchan juntos. No los seguiremos por entre el laberinto de las calles de Viena; os bastará saber que desde hace algun tiempo mi primo tiene aficion á los chiquillos como yo á las cotorras, y andaba buscando los medios de formarse una familia, de modo que la suerte le habia favorecido. En suma, despues de haber oido el parecer de un burgomaestre, y despues de haber hecho lavar á la niña, la adoptó, la bautizó con el dulce nombre de Margarita, y la enseñó el alfabeto y la música. Tres años hace ya de esto; la niña tendrá unos nueve. Dentro de algunos años mas, como Margarita no es fea ni tonta, Mauricio, que la habrá formado á su modo, querrá casarse con ella, y entonces ella se escapará con un aprendiz de peluquero.

ESTIVAL, *un poco alegre.*

Brindo al inocente Mauricio!

MAGDALENA.

Mauricio, creed á una mujer que ha hecho todos sus estudios; cuidado con el desenlace que vaticina el conde Juan!

MAURICIO.

El conde y yo nos hemos perdido de vista hace dos años, por manera que no sabe él el fin de la historia.

MAGDALENA, *elevando la voz.*

El fin de la historia!... Silencio todo el mundo: hé aquí la segunda parte de Mauricio y Margarita! (*Se pone de codos sobre la mesa con la cabeza en las manos.*) Adelante, jóven.

MAURICIO.

Pero es que no tengo yo intenciones de contar...

MAGDALENA.

Pero yo tengo intenciones de oír... venga el fin de la historia, ó rompo todos los cacharros de la mesa... Adelante, jóven.

MAURICIO.

En hora buena; pero os advierto que no me echeis á mí la culpa, si la relacion tiene tan poco interés como es intempestiva. Mi noble pariente ha dicho la verdad, segun su costumbre; pero yo proseguí la aventura, cuya ridiculez no me disimulo en el dia, mas por enojo que por generosidad. Tenia entonces veinticinco años; el primer ardor de la juventud estaba amortiguado, y experimentaba ese cansancio que es como una suspension en medio de la juventud, y que marca la transicion del atolondramiento al vicio.

EL CONDE JUAN.

Aprovechaos, Rosita.

ERLOFF.

Me gusta, me gusta.

MAURICIO, *riendo*.

Señores, dejadme contar á mi manera, ó no acabaré hasta mañana. Me hallaba como todo hombre que piensa en ese período de la vida, un poco desengañado de lo que llaman placer, y muy atraído por un órden de ilusiones opuesto, por caprichos de felicidad tranquila, patriarcal si quereis; en suma, pensaba en casarme, cuando el encuentro de la niña vino á cambiar el rumbo de mis ideas.

ERLOFF.

Diablo! Creo que volveis atrás en la relacion...

MAURICIO.

Efectivamente.

MAGDALENA.

Mauricio, no hagais caso, el príncipe está en las viñas...

MAURICIO.

Bajo el envoltorio de que os habló el conde Juan hallé una niña de ojos negros, de rasgos delicados, de hermosa frente, pero con un aire de miseria que daba lástima. Cuando la ví mejor, me quedé sorprendido al notar la disposicion inteligente que resplandecía en aquella frente, apenas desarrollada y pálida ya. Sus padres, me dijo, eran unos mendigos errantes que debian haber salido de Viena en aquella mañana. Os confieso que al punto ví el plan de una novela. La pregunté si queria que fuese yo su padre; ella enjugó sus ojos, se levantó, y me siguió tranquilamente. Aquella misma noche tomé en mi casa una antigua doncella de mi madre para que me ayudara en mis proyectos de educacion. Despues de haberme aconsejado vanamente que llevara la niña á un hospicio, se resignó, y pocos dias despues hablándola yo de poner á Margarita en un colegio, la buena mujer me llamó hombre sin corazon, y me dijo que era indigno del regalo que Dios me habia hecho.

ERLOFF.

Me gustan cada vez mas los pormenores, y propongo un brindis á la matrona.

MAGDALENA.

Y yo os propongo que calleis, ó que tomeis la puerta.

MAURICIO.

Margarita continuó viviendo con nosotros dos... regalo divino, en efecto... Tenia un ca-

rácter singular, compuesto de altivez y de dulzura, de inteligencia arrebatada y de ternura silenciosa. Nunca me dijo una palabra de agradecimiento; pero al fin de las lecciones de toda clase que la daba yo lo mejor que podía, me pagaba con una mirada profunda y rápida que me dejaba conmovido. Así pasé con aquella amada criatura dos años, á los cuales nada puedo comparar en mi pensamiento. Hace año y medio la salud de Margarita se alteró; se puso mas pálida, y sus ojos parecia que iban á saltar de sus órbitas. No se sentia enferma, y sin embargo se debilitaba cada vez mas. Me aconsejaron que la hiciera tomar baños, y la llevé á Aquisgram, donde tuve la suerte de hallar un jóven médico que nos cobró mucho afecto á ella y á mí. El viaje la cansó mucho, y tuvo que meterse en cama á su llegada: la entró una fuerte calentura con delirio, y me llamaba á menudo sin reconocermela. Entonces por primera vez se me ocurrió la idea de que podia perderla. El médico me tranquilizó sin embargo; me dijo que la enfermedad habia tomado felizmente un carácter agudo, y que se podia esperar una crisis hácia el décimo dia. Este décimo dia llegó sin que hubiese yo dormido una hora ni derramado una lágrima; por la tarde me reconoció, y viendo la ventana abierta quiso levantarse diciendo que la parecia haber resucitado. Nuestro amigo el médico, que no nos dejaba, me ayudó á llevarla al balcon. Jamás olvidaré aquellas horas: era á fines de Julio; desde las ventanas de la fonda que habitábamos se distingue una alta colina cargada de hermosa vegetacion; el sol se apagaba poco á poco por detrás de las viñas, y una porcion de estudiantes y de muchachas subian por los senderos con mucho regocijo; sus cantos de fiesta y de amor resonaban y se perdian á lo lejos. Yo tenia la mano de la jóven entre las mias, y la oía murmurar débilmente los cantares que la brisa nos traía por intervalos. Entonces mi corazon sintió una flaqueza de felicidad, y permanecí largo tiempo sin voz y sin pensamiento, llorando como un niño. De repente el jóven médico que estaba á mi lado, se estremeció y puso suavemente su mano sobre mi hombro; yo le miré... estaba lívido... miré á Margarita... y se sonreía con los labios entreabiertos y los ojos fijos... la pobre criatura estaba muerta... yo habia perdido su último suspiro en su última cancion... (*Berta arroja un grito, se lanza al cuello de Mauricio y le besa sollozando.*)

MAURICIO.

Hija mia!

ROSITA.

Berta qué es eso?... qué tienes esta noche? Te voy á llevar á la cama... Me permitireis que me retire, Magdalena, tengo ensayo mañana muy temprano, y me estoy durmiendo.

MAGDALENA.

Como gustes. Ven á darme un beso, Berta; buenas noches, hija mia.

ROSITA.

Buenas noches y mucha suerte, señores. (*Se lleva á Berta, riéndola.*)

EL CONDE JUAN.

No habria hablado de tal aventura si hubiese podido sospechar semejante desenlace.

MAURICIO.

Te creo, conde Juan. Ahora debo excusarme con Magdalena y todos estos señores, sobre la poca oportunidad de mi relacion; puedo asegurar que nadie ha podido enojarse tanto al oirla como yo al contarla. Siento haber turbado involuntariamente vuestra alegría, y para no prolongar el triste papel que me ha cabido, os pediré permiso para retirarme.

MAGDALENA.

Oh! no por cierto, Mauricio; vuestra presencia es aquí mas necesaria de lo que creéis. Señores, soy mujer de palabra; os dije que esta noche distinguiría á uno de vosotros en el caso en que mi corazon estuviese libre todavía... (*Vivos rumores.*) Ahora bien; mi corazon no puede estar mas libre; pero como no podria en conciencia hacer una eleccion entre cuatro caballeros tan cumplidos y de un mérito tan igual, he resuelto encomendar este cuidado á vosotros mismos. Aquí teneis papel y tinta; id á votar en escrutinio secreto, y el elegido por la mayoría será mi favorito. (*Movimientos diversos.*)

ESTIVAL.

Pido la palabra.

MAGDALENA.

Se me dirá probablemente, que como cada uno se creará el mas digno, se dará su voto, y la operacion electoral puede durar eternamente. Está previsto el caso y concedo á Mauricio el derecho de votar... (*Tumulto y reclamaciones.*) Silencio! Mauricio es elector, pero no es elegible. Ahora, señores, yo debo eclipsarme durante el escrutinio, y me eclipso. Buena acogida al vencedor. (*Se levanta y todos los convidados se levantan y rodean á Mauricio; solo el conde Juan permanece retirado.*)

ERLOFF, á Mauricio.

Caballero, no trato de ejercer ninguna in-

fluencia en vuestra opinion; pero habeis debido notar que he permanecido mudo hace un instante. Es que tenia contra vos cierta animosidad que se ha desvanecido completamente al oiros espresar unos sentimientos tan elevados y tan dignos. (*Mauricio se inclina.*)

SHEFIELD, riendo.

Yo no soy un griego del Bajo Imperio y voy derecho á mis fines.

ERLOFF.

Me dareis una satisfaccion por esas palabras, milord.

SHEFIELD.

Seguramente. (*A Mauricio.*) Os pido que voteis por mí; pero que lo hagais ó nó, sois un hombre original que os habeis grangeado mis simpatías; mis cigarros, mis caballos, y todo cuanto poseo, está á vuestras órdenes. (*Mauricio se inclina.*)

ESTIVAL.

Caballero, yo no soy de los que compran votos...

SHEFIELD.

Oh! oh! hablaremos de eso luego, señor duque!...

ESTIVAL.

Cuando gusteis.... No soy de los que compran votos, lo repito. Os suplico sinceramente, caballero, que no voteis por mí, pues tengo intenciones de sacaros mañana mismo de la cancillería para llevaros á la secretaria de vuestra legacion en Francia, y no quiero que se atribuya este paso á otro motivo que á la estimacion de que me habeis penetrado. (*Mauricio le saluda.*)

EL CONDE JUAN, á Mauricio á media voz.

Una sola palabra, Mauricio, la amo. (*Alto.*) —Aquí están los boletines preparados, señores. (*Cada cual escribe su boletín y le deposita en un plato.*)

MAURICIO.

A mí me toca contar los votos. Hé aquí el resultado. (*Abre los billetes.*) Lord Sheffield, uno; el duque de Estival, uno; el príncipe Erloff, uno; el conde Juan, dos.

EL CONDE JUAN, estrechando la mano á Mauricio.

Gracias, querido primo. (*El conde Juan sale por un lado, Mauricio por el otro.*)

ERLOFF, soltando una carcajada.

Pues ahora comprendo el intermedio del primito. Era un lazo.

ESTIVAL.

Si quereis, vamos á dar un paseo á caballo

hasta Shœubrunn, donde almorzaremos ó nos daremos cuatro estocadas, segun nos lo dicte el corazon.

SHEFIELD.

Vamos. (*Salen.*)

EL GABINETE DE MAGDALENA.

Magdalena está sentada en un sofá con la cabeza apoyada en la mano. El conde Juan entra y se acerca sin que ella levante los ojos: al llegar delante del sofá dobla la rodilla y permanece en esta postura sin hablar.

MAGDALENA, *alzando la cabeza.*

Sois vos?

EL CONDE JUAN.

Una palabra, un ademan para decirme que esperábais á otro y saldré sin proferir una queja.

MAGDALENA.

Generalmente sé lo que me hago. Si mi cálculo hubiese podido salir mal, si otro rostro que el vuestro se hubiese presentado á mis ojos, mi primera palabra le habria hecho palidecer de vergüenza. Si una mirada puede matar, otro que vos, no habria salido vivo de este cuarto. Pero lo cierto es que habria salido y pronto.

EL CONDE JUAN.

Magdalena!... Cuán hermosa sois!... Cuánto os amo!...

MAGDALENA.

Conde Juan, sois un hombre distinguido de todas maneras; pero sois un hombre, y en el terreno delicado en que os encontrais respecto de mí, se puede observar que desgraciadamente todos los hombres se manifiestan iguales. Así con vuestra inteligencia superior y vuestro gusto esquisito, os veis reducido á decirme exactamente lo que me diria un cualquiera en semejante caso, lo que me diria un estudiante, un niño; os lo advierto de paso.

EL CONDE JUAN.

Ay, Magdalena! es que os amo como un estudiante y como un niño. Si no fuera así, mi lenguaje podria cambiar fácilmente.

MAGDALENA.

Otra cosa que se dice á las mujeres. No se si es verdad; pero sirve para salir del paso.... ¡Qué veleta es vuestro primo!... ¿Con que os dá su voto despues de su famosa carta? (*Se rie.*)

EL CONDE JUAN.

Sin duda se ha formado de vos una opinion mejor y mas justa.

MAGDALENA.

¿Pues le he dado lugar á ello durante la cena?

EL CONDE JUAN.

Bajo vuestra superficie ligera y brillante, ha podido adivinar como yo una tristeza seria que un hombre tendria orgullo en consolar; una pasion sorda que solo espera una chispa. Magdalena, si mi amor mas verdadero y ardiente de lo que creis...

MAGDALENA.

¿Y qué puede hacer en el mundo un hombre como ese? Hará versos?

EL CONDE JUAN.

Lo ignoro; trabaja en la cancillería.

MAGDALENA.

Oficinista!... pasemos á otra cosa: ¿qué deciais, conde?

EL CONDE JUAN.

Os decia que mi amor...

MAGDALENA.

De suerte que Mauricio es pobre?

EL CONDE JUAN.

Ni pobre ni rico; en otro tiempo solo se ocupaba de música. Quiso ser compositor y creo que habria tenido mérito; ya trataré de que le oigais uno de estos dias; pero necesité dinero por causa de la niña que habia adoptado, y entonces tomó el empleo. Estais satisfecha? De qué os reís?

MAGDALENA.

Me rio al ver que me contaís tales cosas gravemente y de rodillas. (*El conde Juan se levanta con mal humor y se sienta junto á Magdalena.*)

EL CONDE JUAN.

No quereis oír hablar de amor, en hora buena. No os amo pues. Dad el nombre que os plazca al fuego que vuestra mirada introduce en mi sangre, á la sensacion que me hace temblar cuando mi mano toca la vuestra....

MAGDALENA.

Qué edad tiene vuestro primo?

EL CONDE JUAN, *levantándose bruscamente.*

Quereis que vaya á traerle?

MAGDALENA.

Francamente, lo agradeceré mucho. (*El conde toma su sombrero y se dirige hácia la puerta.*)

MAGDALENA, *yendo á él.*

Vuestra mano, conde Juan. Hoy os pido perdon; otro dia vos me dareis gracias. (*El conde la abandona su mano y sale sin responder.*)

MAGDALENA *sola, se pasea con agitacion.*

Qué haré? No le amo. No quiero cometer una infamia mas... Qué cansancio! Son ya las dos de la mañana... Estoy soñando despier-ta... estoy delirando!... Veo sacerdotes y ju-dios en el aire... razon, mucha razon tenia el sacerdote... estoy herida en el corazon... Qué me va suceder ahora? No hay que hacerse ilu-siones... aquí está la vida ó la muerte... Y repe-tir lo de ayer, lo de anteayer... es imposible! ni por pienso!... tanto mejor, estoy resuelta... que venga ó nó, será ciertamente lo mismo... No obstante quisiera verle. (*Continúa marchando en silencio durante algunos minutos, luego se acerca á una mesa, toma una cuartilla de pa-pel y escribe.*) "Mi testamento." (*Se echa á reir.*) Qué tontería! pero no le hace! (*Escri-biendo.*) "Doy á mis pobres todos mis bienes, dejando á mis ejecutores testamentarios el cuidado de sacar de ellos con ese fin el me-jor partido. Deseo que reserven únicamente lo preciso para continuar las pensiones que doy á varios parientes de mi madre. Sus nombres se hallarán en el cuaderno azul que está en mi escritorio.

"Pongo bajo este sobre dos monedas de oro que servirán para mi entierro: no quiero que se gaste mas.

(*Se continuará.*)

CORRESPONDENCIA.

A las señoritas suscriptoras que se han servido diri-gir un anónimo al director de nuestro periódico, de-cimos que el no haber publicado en el pasado número la continuacion de las Siete Virtudes capitales ha si-do á causa de que su autora no pudo remitir los ori-ginales á tiempo; y por tanto, en el próximo número se compensará la falta.

En cuanto al otro particular de que nos hablan, es-tamos muy conformes con sus ideas, y solo compro-misos inevitables nos han obligado á acceder á la in-sercion del artículo que nos citan.

Sr. Don A. T.: *Cartagena*.—Será V. servido en el próximo patron.

Sr. Don R. D.: *Ecija*.—Recibido el sello.

Sr. Don M. P. y R.: *Cartagena*.—Recibidas las li-branzas y sello: queda renovada su suscripcion hasta fin de Diciembre, y se le remitieron á vuelta de co-rreo los números atrasados.

Sr. Don E. S.: *Zafra*.—Recibidos los 58 sellos, quedando renovada su suscripcion hasta fin de Octu-bre: el número del 1º del corriente se le remitió en seguida.

Sra. Dª C. de la E. de L.: *Barcarota*.—Cumpli-mos con exactitud las reclamaciones que se nos ha-cen: los extravíos son en correos. Los números 15 y 33 le fueron enviados á correo vuelto, y á pesar del perjuicio que se nos sigue por la duplicacion de uno y triplicacion de otro, nada tiene que abonarnos.

Sr. Don J. M. y S.: *Valencia*.—Queda renovada la suscripcion de Don J. S., de Játiva, que V. avisa en su hoja número 23, y cargado á V. en cuenta su importe.

Sr. Don J. P. F.: *Gibraltar*.—Se le ha remitido á V. á vuelta de correo el abecedario dijital: nada tie-ne que abonar por él.

Sra. Dª A. Ch.: *Búrgos*.—Suscrita hasta fin de Octubre.

Sra. Dª J. S. A.: *Villafranca de los Barrios*.—Suscrita hasta fin de Diciembre. Los números pu-blicados desde 1º de Julio se le han remitido el dia 1º

Sr. Don B. L.: *Granada*.—Suscrito hasta fin de Octubre.

Srta. Dª F. de la C.: *Horcajo de Santiago*.—Sus-crita hasta fin de Octubre.

Excmo. Sr. Don J. de D. S.: *Cartagena*.—Suscri-to hasta fin de Diciembre.

Sr. Don F. N.: *Vitoria*.—Suscrito hasta fin de Oc-tubre.

Sra. Dª A. B. Viuda de O.: *Sanlúcar*.—Por el correo del dia 7 se le han remitido los números del mes de Diciembre del año anterior, por lo que la sus-cricion que tenia hecha hasta fin de este año con-cluye á fin de Noviembre.

Solucion del geroglífico anterior.

El amor de sí mismo engaña á todos.

EDITOR RESPONSABLE:

DON LÁZARO ESTRUCH Y FERNANDEZ.

CADIZ: 1858.—Imprenta de la Revista Médica á cargo de D. Juan Bautista de Gaona, plaza de la Constitucion, núm. 11.

